

ortega y gasset,

reyes

y borges

SI la cortesía mexicana Simperó a un grado masoquista en las relaciones de Ortega y Gasset con este extremo de América, con el otro las cosas fueron muy diferentes. De su segundo viaje a Buenos Aires Ortega y Gasset regresó con las ya aludidas "Intimidaciones" de *El espectador*, texto particularmente nocivo porque, escrito y publicado durante el apogeo de prestigio de su autor y su mayor difusión en todo el ámbito de habla española, fijó el estereotipo nacional con que desde entonces hemos juzgado a los argentinos, aunque no hayamos leído *El espectador* ni tengamos la más remota idea que esos preconceptos vienen de Ortega y Gasset. El argentino, según él, "es un hombre a la defensiva". "Ocupa la mayor parte de su vida en impedirse a sí mismo vivir con autenticidad. Esa preocupación defensiva frena y paraliza su ser espontáneo y deja sólo en pie su persona convencional". "Domina el hombre abstracto que el mar ha traído sobre el hombre histórico que la tierra ha plasmado". Y el emigrante "es un ser abstracto cuya única mira es hacer fortuna". Argentina (como toda Hispanoamérica, pero esto dicho entre líneas) no es un país sino "una factoría". Sus características endémicas para reconocerse como tal son "el inmoderado apetito de fortuna, la audacia, la incompetencia, la falta de adhesión y amor al oficio o puesto". El argentino, aunque es un hombre "admirablemente dotado", "tiende a resbalar sobre toda ocupación o destino concreto". "Lo que más le interesa, lo que le preocupa... es la idea que él tiene de su persona". "Es demasiado Narciso, lo es radicalmente. Vive absorto en la atención a su propia imagen".

"Siente un enorme apetito de ser algo enorme, superlativo, único". Etcétera.

NADA más natural que los dos ataques más devastadores contra el prestigio de Ortega y Gasset salieran de Buenos Aires: uno contra sus ideas: el violento análisis marxista de Patricio Canto: *El caso Ortega y Gasset (Leviatán, 1958)*. Otro contra su prosa: la pequeña obra maestra de malevolencia que Borges tituló "Nota de un mal lector" y escondió en la revista cubana *Cielón* (II, 1, enero 1956). Ya que muy pocos han tenido acceso a ella vale la pena reproducirla en su integridad:

"Ortega continuó la labor iniciada por Unamuno, que fue de enriquecer, ahondar y ensanchar el diálogo español. Este, durante el siglo pasado, casi no se aplicaba a otra cosa que a la reivindicación colérica o lastimera; su tarea habitual era probar que algún español ya había hecho lo que después hizo un francés con aplauso. A la mediocridad de la materia correspondía la mediocridad de la forma; se afirmaba la primacía del castellano y al mismo tiempo se quería reducirlo a los idiotismos recopilados en el *Cuento de cuentos* y al fatigoso refranero de Sancho. Así, de paradójico modo, los literatos españoles buscaron la grandeza del español en las aldeanías y fruslerías rechazadas por Cervantes y por Quevedo... Unamuno y Ortega trajeron otros temas y otro lenguaje. Miraron con sincera curiosidad el ayer y el hoy y los problemas o perplejidades eternos de la filosofía. ¿Cómo no agradecer esta obra benéfica, útil a España y a cuantos compartimos su idioma?"

A lo largo de los años, he frecuentado los libros de Unamuno y con ellos he acabado por establecer, pese a las "imperfectas simpatías" de que Charles Lamb habló,

una relación parecida a la amistad. No he merecido esa relación con los libros de Ortega. Algo me apartó siempre de su lectura, algo me impidió superar los índices y los párrafos iniciales. Sospecho que el obstáculo era su estilo. Ortega, hombre de lecturas abstractas y de disciplina dialéctica, se dejaba embelesar por los artificios más triviales de la literatura que evidentemente conocía poco, y los prodigaba en su obra. Hay mentes que proceden por imágenes (Chesterton, Hugo) y otras por vía silogística y lógica (Spinoza, Bradley). Ortega no se resignó a no salir de esta segunda categoría, y algo —modestia o vanidad o afán de aventura— lo movió a exornar sus razones con inconvincentes y superficiales metáforas. En Unamuno no incomoda el mal gusto, porque está justificado y como arrebatado por la pasión; el de Ortega, como el de Baltasar Gracián, es menos tolerable, porque ha sido fabricado en frío.

Los estoicos declararon que el universo forma un solo organismo; es harto posible que yo, por obra de la secreta simpatía que une a todas sus partes, deba algo o mucho a Ortega y Gasset, cuyos volúmenes apenas he hojeado.

Cuarenta años de experiencia me han enseñado que, en general, los otros tienen razón. Alguna vez juzgué inexplicable que las generaciones de los hombres veneraran a Cervantes y no a Quevedo; hoy no veo nada misterioso en tal preferencia. Quizá algún día no me parecerá misteriosa la fama que hoy consagra a Ortega y Gasset."